

## Discurso de Recepción Académica del Doctor Otto Lima Gómez como Individuo de Número, Sillón XXXIV

Señor Presidente y demás Miembros de la Junta Directiva de la Academia Nacional de Medicina.

Señores Académicos.

Invitados especiales.

Señoras y Señores.

Deseo ante todo dar las gracias por esta distinción que se me ha hecho para ocupar como Individuo de Número el Sillón XXXIV de esta Academia.

La ocasión es propicia para recordar y honrar a los médicos que me han precedido:

El Dr. Martín Herrera, Miembro Fundador de la Academia e Individuo de Número hasta su muerte en 1926.

El Dr. Héctor Sánchez Becerra, electo en 1927 y fallecido en 1958.

Finalmente, el Dr. Rafael Rísquez Iribarren, elegido Individuo de Número en 1959 y fallecido en 1996. Fue el Dr. Rísquez Iribarren un distinguido profesional de la medicina que se ocupó particularmente de salud pública, salud ocupacional y seguridad industrial. Desarrolló una incansable labor dentro de su especialidad, en los campos de la docencia y de actividad gremial. Asimismo, publicó más de 200 trabajos científicos y formó parte de diversas corporaciones científicas nacionales e internacionales. Fue Presidente de esta Academia entre 1980 y 1982. El Dr. Rísquez Iribarren fue un hombre de voluntad férrea para el trabajo. Constituye un ejemplo de competencia, voluntad y honestidad. Me es muy grato dedicarle hoy estas palabras en la oportunidad de ocupar su sitio en el seno de esta Institución.

En las primeras culturas de occidente la salud y la enfermedad del hombre están bajo el arbitrio de los dioses. No existe un pensamiento médico propiamente dicho y su lugar está ocupado por prácticas mágicas o mágico religiosas.

Entre los siglos VIII y VI antes de Cristo floreció en Grecia, específicamente en Jonia, una forma de pensar que ha sido la cuna de métodos y valores fundamentales para el pensamiento occidental y la medicina.

Los filósofos jónicos, al plantearse la posibilidad de un conocimiento objetivo del Universo y de sus diversos componentes, propiciaron un cambio drástico en la forma de ver la enfermedad. Puesto que un conocimiento de todo lo real es posible, el propósito del hombre es observar los hechos y fenómenos naturales para comprenderlos. La medicina hipocrática es la consecuencia directa de esta manera de pensar. Para ella es también posible un examen objetivo de la enfermedad. El *Corpus Hippocraticum* incluye sin duda textos posteriores a la muerte de Hipócrates, pero su base y conceptos fundamentales reposan sobre las explicaciones concretas desarrolladas por los filósofos jónicos a cuya influencia secular la medicina no pudo escapar. Un conocimiento objetivo del hombre y de sus enfermedades es posible.

La medicina surge en Grecia acunada por la filosofía jónica. Para comprender la enfermedad hay que observarla y clasificar sus expresiones al margen de toda interpretación subjetiva. El cuerpo del hombre ha de ser escrutado del mismo modo que una bóveda celeste. De la sucesión de síntomas y de su encadenamiento dependerán diagnóstico y pronóstico.

Platón menciona a Hipócrates tanto en Protágoras como en Fedro. Justamente esta mención en Fedro o de la Belleza (1) es el punto de partida para la reflexión de esta tarde sobre el hombre y la salud.

Dice Platón:

Sócrates: Con la retórica sucede lo mismo que con la medicina.

Leído en el Paraninfo del Palacio de las Academias el día 13 de febrero de 1997.

Fedro: Explicáte.

Sócrates: Estas dos artes piden un análisis exacto de la naturaleza; uno de la naturaleza del cuerpo, otro de la naturaleza del alma; siempre que no tomes por única guía la rutina y la experiencia, y que reclames al arte sus luces, para dar al cuerpo salud y fuerza por medio de los remedios y el régimen, y dar al alma convicciones y virtudes.

Fedro: Es muy probable, Sócrates.

Sócrates: ¿Piensas que se puede conocer suficientemente la naturaleza del alma, sin conocer la naturaleza universal?

Fedro: Si hemos de creer a Hipócrates, el descendiente de los hijos de Asclepios, no es posible, sin este estudio preparatorio, conocer la naturaleza del cuerpo.

Sócrates: Muy bien, amigo mío; sin embargo, después de haber consultado a Hipócrates, es preciso consultar la razón, y ver si está de acuerdo con él.

Fedro: Soy de tu dictamen.

Sócrates: Examina, pues, lo que Hipócrates y la recta razón dicen sobre la naturaleza. ¿No es así como debemos proceder en las reflexiones que hagamos sobre la naturaleza de cada cosa? Lo primero que debemos examinar es el objeto que nos proponemos y que queremos hacer conocer a los demás, si es simple o compuesto; después, si es simple, cuáles son sus propiedades, cómo y sobre qué cosas obra, y de qué manera puede ser afectado; si es compuesto, contaremos las partes que pueden distinguirse, y sobre cada una de ellas haremos el mismo examen que hubiésemos hecho sobre el objeto reducido a la unidad, para determinar de esta manera todas las propiedades activas y pasivas.

Fedro: ese procedimiento es quizá el mejor.

El gran mérito de Hipócrates fue haber aportado a la medicina un método, el de la racionalidad en el estudio de la enfermedad, al tomar en cuenta todas sus expresiones e indagar la influencia de los factores constitucionales y ambientales. Por ello la medicina hipocrática debe ser para nosotros médicos, el símbolo de la lógica aplicada al estudio del sufrimiento humano. Desde Hipócrates debe el médico someter los signos y síntomas de la enfermedad a un enfoque lógico, sistemático y transmisible. Dicha formulación ha sido y sigue siendo fundamental en el progreso de la medicina. Esta es a mi juicio una deuda perenne que tenemos con la civilización griega.

¿Qué llegamos a saber acerca de la naturaleza del hombre y de su salud, si seguimos los consejos de Hipócrates y de la recta razón?

De acuerdo con la información que tenemos hoy, nuestro planeta fue primero un mundo inanimado. Posteriormente se desarrolló la vida y, finalmente, aparecieron seres altamente organizados que llegaron a poseer un lenguaje, un mundo psicológico y una conciencia social.

No sabemos con exactitud cómo se generó el mundo físico. Tampoco cómo en su seno aparecieron los seres vivos y, posteriormente, emergieron el lenguaje y el psiquismo, instrumentos del desarrollo de las culturas primitivas y de la sociedad humana.

En el ser humano se suponen estos tres mundos (2), de tal modo que cada individuo es un objeto físico, es poseedor de un mundo psicológico de experiencias y vivencias personales, dispone de un lenguaje y es, a su vez, producto de una cultura a la cual puede eventualmente contribuir a cambiar. Cada uno de estos tres niveles de organización ha de ser estudiado en sus propiedades, en sus acciones y en la forma en que puede ser afectado.

Uno de los mayores avances en el conocimiento del hombre en condiciones normales y patológicas ha sido la posibilidad de medir los componentes de su cuerpo. La medición objetiva, repetible y verificable en condiciones similares es una de las bases fundamentales de la ciencia moderna.

El hombre moderno (3) accede al conocimiento de la naturaleza midiéndola. Nicolás de Cusa invoca el carácter matemático del conocimiento humano. Su frase es precisa: *nihil certi habemus in nostra scientia nisi nostram mathematicam*. La más genuina actividad de la mente es la medida. Todo saber supone el comparar y esto no es sino medir. A igual conclusión llega Leonardo, pero no a partir de la especulación teológica y filosófica de Nicolás de Cusa, sino a través de la actividad práctica y artística. Puesto que la realidad natural tiene una estructura matemática, la mente para comprenderla debe medirla. No es difícil relacionar esta actitud de los hombres del Renacimiento con la que habían propugnado los filósofos jónicos.

La medicina actual en muchos aspectos es el resultado de esta actitud del hombre moderno, apasionado por los hechos y su medida. Hecho es lo que puede ser medido. La frase es de Max Planck (4) y expresa claramente el fundamento de la ciencia moderna.

Hemos aplicado al hombre los más diversos metros. Desde la inspección ocular, la auscultación y la palpación manual hasta los elaborados recursos que ha puesto a nuestra disposición la tecnología moderna. La inmunología y la genética han hecho avances prodigiosos en su propósito de definir la identidad del individuo, los mecanismos de su preservación y los intrincados procesos de la transmisión de caracteres normales y patológicos. Poco escapa a la indagación objetiva en el nivel corporal del hombre. Incluso en el complejo terreno del sistema nervioso central los avances han sido igualmente extraordinarios. La medición objetiva del cuerpo y los hallazgos y descubrimientos a nuestra disposición en todos los terrenos de la estructura normal o anormal del mismo han alcanzado límites insospechados.

Ahora bien, ¿es el ser humano en su totalidad mensurable desde afuera? En el examen de la sintomatología, de las experiencias psicológicas, de las creaciones y de los sentimientos, ¿con cuál metro se puede medir lo normal y lo patológico? Podremos comparar un individuo con muestras normales o anormales estadísticamente válidas y obtendremos medidas de utilidad práctica. Mas, nuestra comprensión de este nivel de organización del ser humano, pese a los recientes avances de las neurociencias y en particular de nuestros conocimientos acerca de la corteza cerebral y su bioquímica luce imposible con una métrica externa y objetiva.

La medida del mundo personal del hombre exige el empleo del lenguaje. El lenguaje humano supera todos los sistemas de comunicación que existen en el mundo animal. En el lenguaje humano existe, además, un nivel verbal superior que Bühler (5) llamó "representativo", el cual encierra la posibilidad de utilizar enunciados que pueden ser verdaderos o falsos y que permiten por tanto la invención de la crítica y el análisis consciente del error. Este nivel verbal no se da en los animales y es propio del ser humano. La ciencia es la consecuencia de este nivel lingüístico cuya estrecha vinculación con ciertas áreas cerebrales de reciente desarrollo en el proceso de la evolución está bien definida. También a él se subordina el conocimiento del sí mismo, del mundo personal y la posibilidad de introducir cambios para modificar dentro de lo posible el curso vital a través de la palabra.

Con el empleo del lenguaje el hombre sigue siendo objeto de medida, pero en forma *sui generis* porque no se trata de una medida desde afuera, pasiva, como hacemos con los órganos y sistemas

del cuerpo, sino del establecimiento de una relación en la cual surgen elementos inéditos personales. Es una medida "desde adentro", con una métrica personal, si se me permite decirlo.

La medicina tiene en el hombre normal o enfermo un objeto de estudio y al mismo tiempo un sujeto que debe ser conocido a través del lenguaje. Por otro lado, dicho ser, total e indivisible, forma parte de un grupo social y de una cultura cuyos valores han participado directamente en su desarrollo y modelan su conducta, porque el individuo es constitutivamente producto del grupo. Esta simbiosis Yo-Nosotros está perennemente presente y debe ser objeto de atención particular.

El estudio de la unidad psicofísica del hombre sano y enfermo es una parte de la pesquisa de su salud. Ésta en cualquier grupo humano impone el estudio de la calidad de la vida, de la higiene y de la educación. A este nivel la medicina tiene muchas cosas que decir, pero no todas las soluciones están a su alcance. Por ello, es necesario subrayar la existencia de una crisis de la salud, una de las expresiones más graves de la crisis de nuestra sociedad. Tan grave que grandes pensadores de la historia se han referido a una ruptura de la misma y han anunciado una larga y prolongada noche oscura para la humanidad (6). Efectivamente, nunca como hoy había existido tan tremendo hiato entre un mundo científico-técnico y lo que ha sido la cotidianidad de la vida humana reciente. La sociedad científico-técnica, excesivamente pragmática, uniformizadora y hasta deshumanizada en muchas de sus expresiones, margina e ignora valores tradicionales del ser humano y propende a su desarraigo, como si la dimensión poética de la vida no importara. La información tecnológica, la vida acelerada y una tremenda crisis de valores en un mundo cada vez más pequeño a causa de la velocidad de las comunicaciones y al mismo tiempo escindido, fragmentado y carente de ideas generales orientadoras, son elementos esenciales para comprender esta crisis.

Por ello es preciso afirmar que la meta ha de ser progreso, ciertamente, pero progreso con bienestar y, debe ser objeto de la medicina contribuir a rescatar para la prevención de la enfermedad y la restauración de la salud, los valores inmanentes de la persona humana. Será su mejor aporte para evitar que la oscuridad se prolongue.

Pienso que los diversos estratos del hombre requieren igual atención por parte de la medicina. Esta debe adecuar su encuesta a las características

propias de cada uno de ellos. Mediremos objetivamente el cuerpo desde afuera, indagaremos a través del lenguaje el mundo psicológico y propiciaremos la aplicación de un enfoque multidisciplinario a la sociedad para la elaboración de modelos de atención colectiva eficientes. En cada nivel obtendremos características generales y particulares que nos han de permitir la identificación del hombre sano, del hombre vulnerable y del hombre enfermo.

La medicina como disciplina basada en la ciencia debe constituir sobre todo una práctica para actuar aquí y ahora frente a los enfermos. Debe tener como norte el *primum non nocere* de los médicos que la gestaron hace 25 siglos y ser la abanderada de un desarrollo puesto al servicio del hombre.

Pese al entorno nublado de este fin de siglo yo soy optimista. Mi contacto con muchos seres humanos en trance de sufrimiento, soledad, angustia y muerte a quienes me he aproximado con lo mejor de mi persona y de la técnica médica, así como mis reflexiones sobre la necesidad de un retorno a formas más simples de convivencia donde el desarrollo

técnico no le quite sabor a lo personal, local y cotidiano, me hace pensar que sí hay salidas.

A estas reflexiones me ha llevado la evocación de Hipócrates esta tarde.

#### REFERENCIAS

1. Platón. Diálogos. La República o el Estado. Versión revisada de Patricio Azcárate Madrid: E.D.A.F.; 1965.
2. Popper K R. En busca de un mundo mejor. Buenos Aires: Editorial Paidós; 1994.
3. Gadamer H G. The enigma of health. Stanford, California: Stanford University Press; 1996.
4. Laín Entralgo P. Historia de la medicina. Medicina moderna y contemporánea. Barcelona: Editorial Científico-médica; 1974.
5. Buhler K. Sprachtheorie. Jena: Gustav Fisher; 1934.
6. Haar M. La fracture de l'histoire. Douze essais sur Heidegger. Grenoble (Francia): Editions Jérôme Millon; 1994.

## Discurso del Dr. Blas Bruni Celli en la recepción académica del Dr. Otto Lima Gómez, en la Academia Nacional de Medicina

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina,  
Sres. Académicos,  
Sras. Señores. Doctor Otto Lima Gómez. Sra. Dulce de Gómez.

Es para mi un motivo de orgullo subir a esta antigua tribuna de Santo Tomás para dar la bienvenida académica al Profesor Dr. Otto Lima Gómez, una de las figuras más preclaras de la medicina venezolana. Amigos fraternos desde la infancia y por muchos años vinculados en un común quehacer en el Hospital Vargas de Caracas, son razones más que suficientes para explicar la íntima satisfacción que siento al pronunciar estas palabras. En aquel recinto venerable, cuna de ilusiones, que nos enseñó a amar la medicina; claustro, perfumado de profundo misticismo, en cuyos largos corredores, circundados

de agudas arcadas, transitados por ancianas monjas de espesas vestimentas, alegres estudiantes y adustos profesores, y en cuyos hermosos jardines los enfermos tomaban el sol de la esperanza; allí, en este templo que cobijaba la más genuina tradición de nuestra medicina, durante varias décadas, estuvimos identificados en numerosos proyectos de investigación, en tareas asistenciales y en la búsqueda afanosa de caminos nuevos para la docencia del pregrado y los posgrados de medicina interna y anatomía patológica. No estuvimos solos, ni tampoco todo el esfuerzo fue perdido.

Un conjunto de unos 64 tratados, de contenidos muy variados, de conceptos muy disímiles y de estructuras muy diversas, conocido como el *Corpus Hippocraticum*, es uno de los más importantes legados culturales que la antigüedad clásica nos ha proporcionado y que ha llegado casi intacto hasta nosotros. Cánón de la medicina tradicional hasta el siglo XIX; mina insondable para la filología clásica moderna e inspiración para la historia de la medicina y la filosofía, este Corpus ha suministrado en cada línea, material para pensar y para inspirar las más grandes creaciones de la ciencia médica. En uno de estos tratados, de los más cortos, pero también de los más afortunados y profundos, titulado Περὶ εὐσχημοσύνης, de decente habitu, y que en nuestra lengua podríamos llamar Tratado acerca de la decencia, advierte el escritor hipocrático sobre la necesidad de conducir la sabiduría a la medicina y la medicina a la sabiduría. El médico filósofo — dice— es ἰσοθεός. Y luego agrega: “en efecto también en la medicina están todas las cosas que se dan en la sabiduría: desprendimiento, modestia, pundonor, dignidad, prestigio, juicio, calma, capacidad de réplica, integridad, lenguaje sentencioso, conocimiento de lo que es útil y necesario para la vida, rechazo de la impureza, alejamiento de toda superstición, excelencia divina”. Ex profeso no quise intentar traducir la palabra ἰσοθεός, pues creo que es intraducible a cualquier idioma moderno: lo más aproximado sería: igual o semejante a un Dios, o similar a un Dios o parecido a un Dios. Pero aunque no lo podemos traducir, sí podemos en cambio percibir con nitidez la inmensa carga semántica o conceptual de la palabra. El médico que se acerca a la sabiduría al menos intenta acercarse a Dios. Sobre estas frases y conceptos del autor hipocrático, nada menos que Galeno escribió un tratado muy profundo.

Este acercamiento de nuestro recipiendario de hoy a un diálogo platónico, el Fedro, en el cual se analiza ya en el siglo IV a. C. una rigurosa metodología clínica, basada en la comprensión global del hombre y su universo, y que con el devenir de los siglos ha cobrado vigor y vigencia, es una plena muestra de ese deseo de aproximar entre sí la medicina y la filosofía en sus vertientes humanísticas.

En el diálogo platónico Fedro, donde se cita a Hipócrates, se plantea un profundo problema lógico y metodológico, que nuestro recipiendario sabe muy bien aplicar a su razonamiento médico. No se puede entender la naturaleza del todo sin conocer las partes y no se pueden conocer las partes sin

entender la naturaleza del todo. Desde Galeno se ha vertido mucha tinta en el estudio del pasaje y aún en nuestros tiempos se sigue especulando sobre a cuál obra hipocrática específicamente Sócrates se estaba refiriendo. Porque éste va más lejos en su razonamiento metodológico. “En primer lugar —dice—: ¿es simple o complejo eso en lo que queremos ser entendidos y ser capaces de hacer entendidos a otros? Y, luego, si es simple su naturaleza, observar cuál es su capacidad, cuál es la que tiene naturalmente para actuar, y cuál la que tiene para padecer bajo un agente externo cualquiera. Y si se presentan varios aspectos, después de enumerarlos, ver en cada uno lo mismo que respecto de la unidad, qué está destinado por naturaleza a hacer y qué dispuesto a sufrir y bajo qué agente”. Metodología que aplicada a la medicina ya en el siglo IV a.C. ha recobrado su vigencia plena en muchas corrientes de la medicina moderna que juegan en esa doble vía del todo y las partes de un organismo humano, en el microcosmo, y de éste y su ambiente en el macrocosmos.

He hecho las anteriores consideraciones a propósito de la obra médica de nuestro recipiendario, pues hay en ella consistente y permanentemente una búsqueda para lograr ese acercamiento que señalaba el autor hipocrático. Acercamiento entre la sabiduría y la medicina técnica, más necesario que nunca en nuestros tiempos, cuando el arsenal instrumental del hombre tiende a sobreponerse y dominar en todas las áreas y campos de la medicina tradicional. En su obra de 1962 “¿Sólo medicina?” abordaba los principios conceptuales de la salud y la enfermedad, no como fenómenos opuestos, pues el concepto de salud siendo más amplio que el de enfermedad, implica “un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”. Una medicina holística, antropológica como la llamábamos entonces, hipocrática como la pudiéramos hoy llamar, está expresa en las siguientes palabras del autor. “Nunca debe olvidarse que el enfermo tiene un pasado, que vive su enfermedad de acuerdo con características personales que le son propias y que le espera un futuro cuyos extremos son la vida normal, feliz, o la muerte, con toda la gama de situaciones intermedias que incluyen la invalidez, el desamparo, la miseria, el temor, el fracaso, etc. Dentro de ese gran marco debe el médico inscribir la enfermedad de su paciente. Analizarla en sus diversas instancias (somáticas, psicológicas, sociales) es la primera etapa hacia un enfoque patogénico más general de la enfermedad humana. Es igualmente la aproximación más certera



que la medicina puede hacer al acto terapéutico”. En otra de sus obras titulada “Frente al enfermo”, de 1970, se acerca todavía más a una comprensión del enfermo con un enfoque psicosomático, haciendo resaltar la noción de unidad psicofísica, la multicausalidad de la enfermedad, la diferencia del síntoma psicosomático respecto del síntoma psiconeurótico y la noción de vulnerabilidad o susceptibilidad somática frente a los cambios y alteraciones fisiológicas provocados por las emociones. Está presente en todos los pormenores de esta obra al recuerdo y el alerta a sus colegas y estudiantes, de considerar la integridad del enfermo como un ser humano que vive una tragedia; en contraposición ante la posible existencia de un médico sin alma, que ve a un enfermo como un objeto sin alma, donde todo es mensurable en los términos de la física y la química. Canalizar estas tendencias de una medicina integral en tiempos de cibernética y tecnicismo, sin crear situaciones de tensión, es tarea nada fácil y sólo asequible con la inmensa carga conceptual que se genera en el razonamiento filosófico. Lograr un equilibrio, en el cual por una parte no se desperdicien los recursos de la técnica, y por la otra que estos no predominen sobre la relación médico-paciente, fue precisamente la labor que se propuso el médico hipocrático del siglo IV a.C. y es lo que predica en las mismas e idénticas situaciones el discurrir del doctor Otto Lima Gómez en esta obra que comentamos. Sobre estos conceptos abunda de nuevo, con renovados argumentos, en su “Introducción a la medicina psicosomática”, 1983. Su libro más reciente “El hombre y la enfermedad”, de 1996 viene a ser ya una *summa* que recoge toda una vasta experiencia en tan delicado quehacer. Aquí se expone el estudio del hombre en su dilatada evolución biológica; la ubicación del organismo humano en un contexto ambiental; la noción de la enfermedad como accidente y por último, el largo camino recorrido por las diferentes tendencias de la medicina en el curso de la historia. Después de un detallado análisis de ellas, surge en el autor con un no disimulado grito de angustia, la inevitable pregunta, ¿Cómo interrelacionar y armonizar una medicina altamente tecnificada con una medicina que tome en cuenta a la persona humana como totalidad y cómo ponerla en práctica para atender eficazmente a los grupos humanos a nivel de la sociedad misma? Y al surgir las respuestas, objetivas desde luego, nos encontramos que las soluciones revisten grados crecientes de dificultades múltiples. Cito sus propias palabras: “Un análisis objetivo demuestra que la

mortalidad en una población depende más de sus caracteres socioeconómicos que de los recursos médicos disponibles. La salud pública compete ciertamente a la medicina, pero es particularmente dependiente de los sistemas de lucha contra la miseria, las condiciones del trabajo humano y el grado de deterioro del ambiente”. “Las implicaciones de estas afirmaciones son trascendentales para... establecer un amplio sistema de intercomunicaciones entre las instituciones que tienen que ver con la salud. El Ministerio de Salud, trabajando aisladamente, no puede lograr cabalmente sus objetivos, subordinados como están ellos a factores que escapan en buena medida a su atención y solución”.

Y es aquí donde surge de nuevo mi tesis, ya expuesta reiteradamente en estas tribunas académicas. Al menos en Venezuela todavía no tenemos instrumentos legales que enfoquen el problema de la salud como un todo, integrando los factores ambientales y sociales como elementos fundamentales del sistema. Es que ni siquiera nos hemos aproximado a una comprensión racional del inmenso problema de la salud colectiva. Los esfuerzos son dispersos y erráticos y no ha existido una planificación de largo alcance. Es por ello que hoy se impone el estudio de un instrumento legal único, cónsono con las realidades de nuestro tiempo, que coordine las diversas instancias de estas estrategias de salud. Se requiere hoy una novísima normativa legal que establezca responsabilidades muy especiales en los niveles de quienes tienen las tareas inmediatas y directas en el cumplimiento de funciones administrativas en el sector. Una normativa que regule taxativamente la aplicación de un determinado porcentaje del presupuesto global; y además que regule la distribución del presupuesto en las diversas áreas; para que se erradiquen los clásicos vicios de las distribuciones aberrantes que sólo sirven para alimentar la demagogia y el clientilismo. Una ley que impida que el sector esté a merced de los caprichos, de la improvisación, y de los golpes de audacia y que lo resguarde de la politiquería y el gremialismo desmedido y desbordado. Una ley muy bien pensada, que recoja lo positivo de las actuales y que sea el producto de un consenso de todas las experiencias y las mejores voluntades.

La llegada del profesor Otto Lima Gómez a la Academia Nacional de Medicina enriquece su composición humana y fortalece su prestigio. Esta Academia que ya se acerca a su primer centenario, está en la obligación de reforzar sus cuadros con los

mejores talentos de la medicina nacional, con hombres que hayan realizado una verdadera obra positiva de investigación, docente o asistencial, y principalmente que puedan traer a la mesa de discusión, ideas y proyectos de soluciones a los múltiples problemas de nuestra salud colectiva. De lo contrario nos transformaremos en un organismo decorativo, perplejo, infecundo, donde sólo la vanidad cuenta como motivación fundamental. La circunstancia de que coexista en esta década finisecular una espectacular revolución de la medicina en sus aspectos científico y tecnológico y simultáneamente una profunda crisis económica y moral que nos afecta con crueles agravantes, conforma la paradójica situación de que en términos absolutos mientras más progresa la medicina en el mundo desarrollado, en el nuestro, aquí, más nos atrasamos. Esta paradoja dramática compromete de manera directa y en forma negativa, la calidad de los servicios de salud en las clases sociales mayoritarias del país, y representa una amenaza a los cimientos de nuestro cuerpo

social. Esta situación antes dicha conforma un gigantesco desafío que tenemos que enfrentar responsablemente, y lo sabremos hacer sólo si contamos con una Institución Académica fortalecida con la suma de muchas voluntades lúcidas y honestas.

Prof. Dr. Otto Lima Gómez: en sus tiempos de pregrado fue proverbial en toda Venezuela su fama de estudiante distinguido y comentadas con elogios sus calificaciones sobresalientes; en su trayectoria profesoral las numerosas generaciones de sus discípulos lo han reconocido como a uno de sus profesores más brillantes; la medicina venezolana lo ha tenido siempre como uno de sus baluartes fundamentales; su obra científica seria y novedosa ha sido vista y aceptada con respeto y admiración por todos sus colegas y discípulos. Es por ello que estamos seguros de que Ud. sabrá aportar generosamente a nuestra mesa de trabajo los frutos de su bien aquilatada sabiduría y experiencia, junto con sus luces y talentos. Mucho espera de Ud. hoy la Academia Nacional de Medicina.

¡Sea Ud. bienvenido!

---

...viene pág. 231.

### **La costumbre de la siesta se guardará**

Reconociendo la costumbre de la siesta de los países de lengua española, se concederá tiempo en los programas para la siesta de la tarde. Se prepararán almuerzos de mesa redonda. Se ha organizado para cada sección un comité para atender especialmente a las distracciones de los visitantes. Las funciones teatrales en el Club de Mujeres serán la mejor parte del programa de diversión, que se verificarán las tardes del 21 a 23 de marzo. Doscientos miembros de la Liga Panamericana de Dallas han ofrecido sus servicios como intérpretes.

La Banda Típica Mejicana acompañará a los delegados; y la Orquesta Sinfónica de Dallas amenizará la sesión general sobre relaciones internacionales, la noche del 23 de marzo.

### **Pompa del Mundo Occidental**

Una manifestación imponente con representantes de todos los países del Hemisferio Occidental, será uno de los principales detalles del festejo; la cual se efectuará la primera noche del Congreso.

La instalación de la junta el 21 de marzo, será un acto sin ceremonia. Terminarán los actos del primer día con una sencilla inauguración y la introducción de los delegados de todos los países representados.

Las clínicas de los hospitales empezarán el trabajo diurno el 22 de marzo, con el almuerzo de la mesa redonda, y seguirá una sesión general donde hablarán invitados distinguidos. Terminará el día con una banquete.

El cuerpo de Delegados se reunirá el 23 de marzo con la labor de cada sección y otras funciones que precederán al programa de la noche. Un trabajo diurno similar ha sido planeado para el 24 de marzo, incluyendo una sesión general en la tarde y una sesión general para el público en la noche.

### **Nombramientos aceptados**

El 26 de marzo, domingo, los médicos oirán oficios eclesiásticos, durante muchos de los cuales se les conferirá el reconocimiento de la profesión; y el resto del día será dedicado a paseos en automóvil, golf y otras diversiones". (Gac Méd Caracas 1932;39:12).